

CUBA Y ESPAÑA*

Por Manuel TUÑÓN DE LARA

LA NOSTALGIA de política colonial invadió el espíritu del gobierno español a mediados de siglo. Entre tanto las únicas colonias que quedaban del antiguo imperio eran las islas antillanas de Cuba y Puerto Rico. Aunque desde 1817 se había firmado con Inglaterra, Francia y Portugal un tratado comprometiéndose a no tolerar la trata de negros, la esclavitud no sólo no decreció sino que fue aumentando. En 1860, según los datos oficiales de la estadística española, había en Cuba 374 000 esclavos, 479 000 hombres libres blancos y 172 500 hombres libres de color. Los políticos de la oposición progresistas aseguraban que el número de esclavos llegaba a 600 000. De todos modos, teniendo en cuenta que en 1817 el número de esclavos no pasaba de 20 000, el aumento era sencillamente espeluznante y no decía nada nuevo de cómo los gobiernos que se sucedían en Madrid entendían llevar la política colonial.

En Puerto Rico, el número de esclavos era de unos 47 000 contra 236 000 blancos libres y 210 000 mulatos y negros libres.

En realidad la trata de esclavos era todavía un pingüe negocio, aunque clandestino y, por otra parte, el aumento de plantaciones cubanas requería mano de obra que los propietarios preferían fuera de esclavos. La permanencia de la esclavitud como institución "hacia necesaria", si vale la expresión cruel, la de la trata.

Por lo contrario, las leyes españolas sobre esclavitud eran más benignas que las de otros países y, además, el hombre de color libre gozaba de los mismos derechos que el hombre blanco.

La producción azucarera conoció desarrollo inusitado en la primera mitad del siglo XIX (1 600 por 100 de aumento entre 1786 y 1850). En 1860 la producción fue de 1 127 millones de libras.

También la producción de tabaco, a base de mano de obra esclava se triplicó de 1826 a 1850. Se calculaba que, entre las dos producciones, se obtenía un beneficio anual de 1 200 millones de reales.

Los propietarios españoles y criollos no estaban considerados en el mismo plano desde el punto de vista jurídico, ya que la administración estaba ordenada según el más arcaico estilo colonial. Por ello, los españoles eran, sobre todo, militares y altos funcionarios, mientras que los criollos fueron interesándose más y más en las cuestiones económicas. No obstante, cuantiosos capitales españoles se formaron en Cuba durante todo el siglo. La economía sufría, aún más que en la Península, de todas las trabas medievales. Impuestos había que gravaban la pequeña propiedad en un 10 % y la gran propiedad sólo en 2.5 %. La alcabala y la llamada "alcaballilla" constituían un peso considerable sobre las transacciones.

El descontento causado por esta situación fue muy pronto aprovechado por los Estados Unidos, que comenzaron a interesarse en la economía antillana. En 1855, los barcos norteamericanos que hacían el comercio de Cuba eran el doble en número que los barcos españoles. El valor

de las exportaciones a los Estados Unidos era cuatro veces superior al de las dirigidas a España. En cuanto a las importaciones, ya en 1857, las procedentes de los Estados Unidos superaron a las procedentes de la metrópoli.

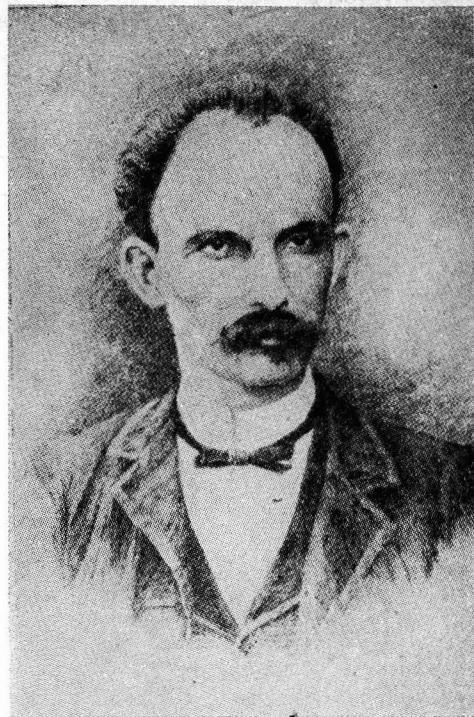
España tenía en Cuba una Universidad y 152 escuelas públicas primarias (aparte 84 privadas) y un ejército de 33 000 hombres. En Puerto Rico 10 000 soldados y 115 maestros. Más de la mitad de los presupuestos de las colonias se invertía en las partidas de Guerra, Marina y Hacienda, ésta última para mantener las legiones de funcionarios aduaneros y recaudadores de impuestos; las aduanas era el gran ingreso que el Estado obtenía de sus restos coloniales.

Ese examen, aunque somero, de la situación de las Antillas, puede darnos idea de cuán descabellado era el empeño de volver por los fueros coloniales, con métodos e ideas que ya habían fracasado medio siglo antes. Triste es reconocer que el corte con los problemas ultramarinos había sido total. Por eso la famosa anexión voluntaria de Santo Domingo tenía que acabar como acabó: separándose de nuevo en 1865. Nos cupo, sin embargo, el honor de aceptar casi pacíficamente la separación, empezando por el general Gándara que mandaba allí las fuerzas españolas, y esto pese a algunos defensores del honor nacional mal entendido, entre los que destacó Cánovas.

PROBLEMA COLONIAL:
GUERRA EN CUBA

España ya no era potencia colonial de primer orden. En 1836, el Congreso reconoció la soberanía e independencia de las antiguas colonias de América. La nostalgia colonial tuvo sus brotes con la momentánea anexión de Santo Domingo y la desgraciada guerra del Pacífico en 1866. Al sobrevenir la revolución de septiembre, sólo restaban del viejo imperio colonial las islas de Cuba y Puerto Rico en las Antillas, y el archipiélago de Filipinas e Islas Carolinas en Extremo Oriente. Comenzaba entonces la política africana de España utilizando las llamadas plazas de soberanía (y vulgarmente "los presidios") de Ceuta y Melilla, y el Peñón de la Gomera en la Bahía de Alhucemas. Hasta 1860 sólo se pensó en dichos lugares para utilizarlos como residencia de presidiarios condenados. Tampoco despertaron interés de los gobiernos las alejadas islas del Golfo de Guinea: Fernando Poo, Annobón, Corisco y Elobey. Las riquezas seguían viniendo de las Islas Antillanas y, en menor grado, de Filipinas. A Cuba iban los altos funcionarios españoles a enriquecerse y a jugar al sátrapa, haciéndose servir por esclavos negros. Las colonias eran buenas para soportar todos los golpes; mientras un español debía pagar, por término medio, 5 reales de impuestos al Fisco, el promedio en Cuba era de 12 reales y medio.

Sobre una población de 1 407 000 hombres había 625 000 esclavos negros que eran propiedad de 565 000 blancos. El negro trabajaba en las inmensas plantaciones y en los ingenios azucareros. La trata



Martí: "Mi honda es la de David"

proseguía pese a todas las declaraciones de buena voluntad, hipócritas o ingenuas. Los negros eran comprados en África a precios que oscilaban entre 100 y 150 francos (según la prensa francesa de la época), para ser vendidos en América por precios que oscilaban entre 2 000 y 6 000 francos.

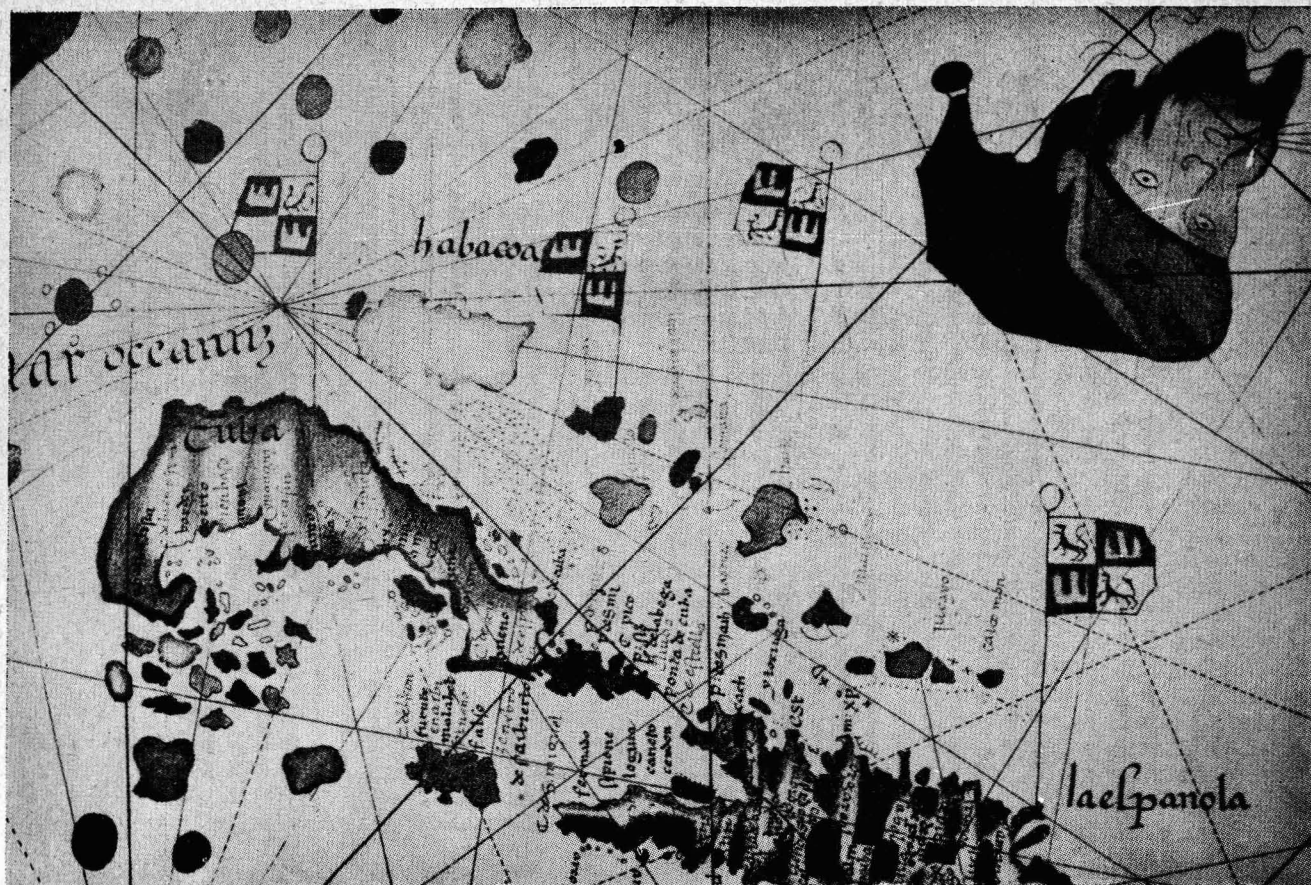
Según los datos aportados por Castelar en famosa intervención parlamentaria (1870) defendiendo la abolición de la esclavitud, había en Cuba 300 000 esclavos y 700 000 hombres libres y 40 000 esclavos en Puerto Rico (nótese la diferencia con los datos franceses; por nuestra parte, hemos podido comprobar que en 1858 había en Cuba 373 961 esclavos y 46 883 en Puerto Rico). Castelar, con la prensa diaria de Cuba en la mano, adujo hechos tan estremecedores como el expresado en el siguiente anuncio aparecido en los periódicos: "Se venden dos yeguas de tiro, dos yeguas de Canadá; dos negras, hija y madre; las yeguas, juntas o separadas; las negras, la hija y la madre, separadas o juntas."

Naturalmente, los representantes parlamentarios de las Antillas no eran otros que los propietarios de esclavos; estos individuos, como cierto diputado de Puerto Rico llamado Plaja, explicaban imperturbablemente a los demás diputados que no solamente era necesaria la esclavitud, sino también los castigos corporales y las torturas a los esclavos, porque "si así no se hiciera no trabajarían".

No es, pues, extraño que la revolución de septiembre fuera para el pueblo cubano la señal de un levantamiento por su libertad; el llamado "Alzamiento de Yara". La intransigencia del general Lersundi, capitán general de Cuba, llegó hasta impedir la difusión del telegrama de los cubanos de Madrid, pro reformas, que terminaba con el grito de ¡Viva Cuba liberal española! Cuando el nuevo capitán general, Domingo Dulce, se hizo cargo del mando, los patriotas cubanos, al grito de ¡Viva Cuba independiente!, habían realizado grandes progresos.

En Madrid dominaba la intransigencia de López de Ayala y Romero Robledo (ministro y subsecretario respectivamente

* Del libro de Tuñón de Lara *La España del siglo XIX* (próxima publicación). Club del libro español. París.



Los restos del viejo imperio colonial

de Ultramar), estimulados desde la oposición por Cánovas. Se aplazó la representación de Cuba en Cortes, se negó toda posibilidad de negociación, creando el espíritu de lo que Pi y Margall llamó "círculo de hierro": "porque ellos no ceden, tampoco cedemos nosotros". En febrero de 1870, apoyado por los "unionistas", Romero Robledo consiguió aplazar la discusión de la Constitución que hubiera dado la autonomía a Puerto Rico. Se acordó, no obstante, la autonomía administrativa de la isla.

Las bandas de "voluntarios" armados cometían diariamente toda clase de desmanes contra el pueblo cubano. Esos "voluntarios", tropas de choque de los colonialistas, hacían y deshacían en Cuba; al general Dulce, considerado blando y demasiado liberal, lo reembarcaron sin remilgos para la Península. Uno de los crímenes de mayor resonancia, por aquel entonces, fue el fusilamiento de varios estudiantes de la Facultad de Medicina de la Habana, el año 1871, acusados, sin ningún género de pruebas, de profanación de sepulturas. Este asesinato legal mereció la repulsa del propio profesorado español de la Isla y de un sector de las autoridades. Fue entonces cuando el capitán Estébanez rompió ostensiblemente su espada para significar que no confundía su amor a España con la defensa de las instituciones colonialistas.

El movimiento liberador tenía por jefe a Carlos Manuel de Céspedes, y su capital provisional fue establecida en el poblado de Sibanién, donde funcionó un Congreso nacional revolucionario cubano. Los patriotas insurrectos liberaron a centenares de miles de esclavos. La lucha era dura y la represión más. No obstante, esta fase de la guerra duró diez años, hasta la llamada "Paz del Zanjón" (1878), sobre la que más adelante insistiremos.

Entre tanto la intransigencia de las clases conservadoras de España no sólo no

favorecía en nada la presencia española en Cuba, sino que facilitaba los manejos de los Estados Unidos, interesados en separar las Antillas de España con fines nada filantrópicos.

GUERRA EN CUBA, HACIA EL ABISMO

No era empresa fácil mantener los restos del imperio colonial. La "Paz del Zanjón" no había sido tal, pues fue seguida de la llamada "guerra chiquita", dirigida principalmente por José Maceo y Guillermo Moncada. Aunque el general Polavieja dominó esta fase de las hostilidades, comprendió ya entonces que el final ineluctable de los acontecimientos sería la independencia de la Isla.

Patriotas cubanos como Bonaechea, Limbano Sánchez y otros pagaron con su vida los diversos intentos de levantamiento realizados en años posteriores. Al mismo tiempo, uno de los mejores valores del pueblo cubano, José Martí, evadido de España —donde se encontraba deportado— en 1881 pasó a Tampa (E. U.) formó el Partido Revolucionario Cubano y se convirtió en el guía e inspirador del movimiento de emancipación dentro y fuera del país. De incansable actividad, recorrió la Florida, Santo Domingo, Costa Rica, etcétera; aunando voluntades y organizando las fuerzas cubanas.

La opinión de la Isla evolucionaba también cada día más. El partido "autonomista" envió diputados a Cortes (en 1879 envió diputados después de hallarse privada de este derecho durante casi medio siglo). Uno de ellos, Montoro, propuso al Congreso que se concediese "la autonomía colonial en toda su pureza", pero su propuesta fue rechazada por 217 votos contra sólo 17, de los diputados autonomistas y republicanos.

Es Sagasta quien llamando a sus amigos para que voten los créditos pedidos

por el Gobierno, dice en el Senado la tarde del 8 de mayo de 1895: "máxime ahora que tenemos una guerra en Cuba, para cuyo término dará España hasta la última gota de su sangre y su última peseta". Y Cánovas le agradece este discurso "altamente patriótico". Y ya está en marcha la consigna enloquecedora. Se agitan las charangas, se envía a lo más pobre de la juventud española (puesto que las gentes acomodadas rescataban con dinero la obligación del servicio militar) mal equipada y peor alimentada, a morir en los campos pantanosos de Cuba, mientras los señoritos hacían estrategia en los cafés de la Península y cantaban *La marcha de Cádiz*.

Mientras tanto, los Estados Unidos acechaban la ocasión. Ya en 1890 Mr. Blaine, secretario de Estado norteamericano, no se había recatado en declarar a la prensa: "Cuba caerá como una manzana madura en nuestras manos." Pero la ceguera de los gobiernos españoles era tanta que cuando ese mismo año, el diputado reformista cubano señor Labra pidió la simple autonomía para la Isla, Cánovas, también entonces jefe del Gobierno, no tuvo mejor respuesta que ésta: "España empleará la sangre de su último hombre y quemará su último cartucho y gastará su último céntimo en conservar aquellas provincias."

Para comprender mejor el interés que los Estados Unidos tenían por las Islas Antillanas, damos a continuación los siguientes datos:

La producción azucarera cubana en 1892 había sido de 1 054 214 toneladas. De ellas fueron exportadas 1 023 719, de las cuales 956 524, es decir, alrededor del 94%, fueron a los Estados Unidos. El tabaco iba también a Estados Unidos. En cuanto a las importaciones, en general, si España colocaba productos por 92 millones de francos, los Estados Unidos lo hacían por valor de 81 millones. (Las exportaciones de España eran, sobre todo, en calzados, tejidos y harina de trigo.)

El 2 de abril desembarcaba Maceo en las playas de Cuba. Las guerrillas se extendían por todo el país. Según cifras —muy por bajo de la realidad, pues eran dadas bajo censura española— del diario autonomista de Cuba *La Lucha*, había 6 000 hombres armados en la manigua.

Para situar históricamente la cuestión antillana, conviene no olvidar que desde 1873 se sucedían los desembarcos norteamericanos en la zona colombiana del Istmo de Panamá. El Mar Antillano debía ser "*Mare nostrum*" para la flota estadounidense. En cuanto a Filipinas, era una avanzada al otro lado del pacífico, enfilando hacia el nuevo poder, el Japón, y hacia el vasto mercado chino. El esfuerzo liberador de Cuba coincidía con una época en que los magnates de las riquezas estaban acabando de repartirse el botín, y buscaban por doquier aquellos puntos donde aún podían instalar su poderío económico.

La guerra devastaba Cuba y también el Archipiélago Filipino. Solamente del 1º de marzo de 1895 al 1º de marzo de 1897 se habían enviado a Cuba: 10 generales, 675 jefes, 6 222 oficiales y 180 345 soldados. Y a Puerto Rico: 3 generales, 25 jefes, 170 oficiales y 4 620 soldados. A Fi-

lipinas, sólo desde septiembre de 1896 hasta el 27 de febrero de 1897, se enviaron 6 generales, 97 jefes, 735 oficiales y 25 784 soldados.

El ejército de Cuba, que contaba con 200 000 hombres, había tenido hasta mayo de 1897 las siguientes bajas: 2 129 muertos, 8 627 heridos. ¡Más de 53 000 muertos de fiebre amarilla y otras enfermedades! y 20 000 repatriados a la Península, inútiles por enfermedades o heridas. Las pérdidas en Filipinas (como las anteriores, según fuentes oficiales) eran solamente de 260 muertos y 920 heridos. Esos soldados eran los más pobres de España. Por 1 500 pesetas (o 2 000 si se trataba de ser destinado a las colonias) se obtenía la liberación del servicio militar. Desde el 1º de marzo de 1895 al 1º de marzo de 1897, las familias españolas pagaron más de 78 millones para librar del servicio a unos 45 000 reclutas.

Como se ve, la situación no podía ser más grave. El 19 de mayo Sagasta declaraba ante las minorías de diputados y senadores liberales: "Después de haberse enviado 200 000 hombres y de haberse derramado tanta sangre, no somos dueños en la Isla de más terreno que el que pisan nuestros soldados."

Moret, en un mitin en Zaragoza, reclamó la autonomía para Cuba. El 14 de julio Pi y Margall, más clarividente, declaraba que si la cuestión de Cuba no podía arreglarse por medios pacíficos habría que ir al reconocimiento de su independencia, así como de la autonomía de Filipinas.

Ésa era la situación cuando la muerte de Cánovas llevó a Sagasta al poder, con Moret en Ultramar.

La guerra estaba perdida para la monarquía española, y ganada virtualmente para los cubanos. En Washington se estimó que había llegado el momento de ganarla para los Estados Unidos.

La historia es harto conocida. El crucero norteamericano *Maine* explotó en el puerto de La Habana el 15 de febrero causando innumerables víctimas. Los Estados Unidos acusaron a España; la guerra estaba en marcha. Años después pudo comprobarse que la explosión había tenido su origen en el interior del navío. Hoy en día a nadie se le ocurre discutir el caso.

Dos meses después, Cervera pide instrucciones al Gobierno desde Santiago de Cuba. Bloqueado por la escuadra enemiga, ofrece la alternativa de destruir la escuadra española dentro del puerto o perderla en alta mar. El Gobierno le ordena salir. En Santiago, como en Cavite, las frágiles embarcaciones españolas, con cañones que no alcanzaban a los navíos norteamericanos, sucumbieron acribilladas por éstos, pese al derroche de valor de los marinos españoles. Después de aquel segundo Trafalgar, Cervera, prisionero de los norteamericanos, telegrafió a Madrid comunicando el cumplimiento de las órdenes recibidas y el resultado catastrófico. Sus últimas palabras eran: "Hemos perdido todo."

Con los viejos buques españoles se había hundido el resto de aquel imperio que durante siglos permitió vivir en inconsciente molición a las clases dirigentes españolas.

No había otro remedio que pedir la paz. Cien días de guerra habían liquidado las posibilidades bélicas de España en sus colonias. El 10 de diciembre de 1898 se firmaba en París el tratado de paz entre España y Estados Unidos. Montero Ríos, en nombre del gobierno español, tenía que firmar aquella sentencia de muerte del viejo imperio que, desgraciadamente, era mucho más traspaso de dominación a otra potencia que reconocimiento de la libertad de un pueblo.

El Tratado de París concedía a los Estados Unidos el dominio sobre las colonias de Puerto Rico y Filipinas vendidas por 20 millones de dólares. En cuanto a Cuba, se le otorgaba una independencia muy precaria: su Constitución de 1901, en virtud de la cual la soberanía cubana quedaba mediatizada por la fiscalización norteamericana.

El presidente MacKinley explicó crudamente el sentido de esa guerra: "Las Filipinas, lo mismo que Cuba y Puerto Rico, nos han sido confiadas por la Providencia. ¿Cómo iba a sustraerse el país a semejante deber?... Las Filipinas son nuestras para siempre. Inmediatamente detrás de ellas se encuentran los mercados ilimitados de China. Nosotros no renunciaremos ni a lo uno ni a lo otro."



Las colonias eran buenas para soportar todos los golpes